

Casa de citas o camino de perfección

Una selección de S.M.B.

La teoría de Marx concebía la emancipación de la clase obrera como el resultado de la actividad de clase en sí misma; en su conjunto, sin la necesidad de crear un partido comunista específico para conseguirlo. La teoría de Lenin sustituía la actividad de clase —a la que él consideraba incapaz de superar el limitado horizonte de sus intereses económicos— por la de un partido separado profesionalmente de la sociedad que se imponía a ella. Y la teoría de los marxistas-leninistas preconizadores de la lucha armada sustituía la actividad del partido proletario, acusado de degeneración burocrática, por la de un núcleo militar o de un foco de guerrilla, de un partido combatiente encargado de “reconstruir la clase”, ni más ni menos.

Jorge Semprún: *Netchaiev ha vuelto*.

Antes de dar una clase la escribía entera, utilizando los argumentos, y a menudo las palabras, de autores aceptados, no fuera a ser que por casualidad dijera algo escandaloso. Sus propias ideas se las guardaba para sí, y las palabras adecuadas para expresarlas se debilitaban con el paso del tiempo; sin desaparecer por completo se encogieron hasta convertirse en puntos remotos y nerviosos, como pájaros que se alejan.

Tobias Wolf: *En el jardín de los mártires americanos*.

Allí, en Neuilly, tiene lugar aquella escena lúgubre y fantástica, al mismo tiempo digna de Shakespeare y de Aretino: el rey Luis XVIII, el descendiente de San Luis, recibe al cómplice del asesinato de su hermano, al siete veces perjuró Fouché, al ministro de la Convención, del emperador y de la República, para tomarle juramente, el octavo juramento de fidelidad... Y Talleyrand, que fue obispo, luego republicano, luego servidor del Emperador, introduce a su compañero cerca del Rey. El cojo pone su brazo sobre el hombro de Fouché, para poder andar mejor —“el vicio apoyado en la traición”, según observa irónicamente Chateaubriand—, y así se acercan fraternalmente al heredero de San Luis los dos ateos y oportunistas.

Stefan Zweig: *Fouché*.



“No hagas a otro lo que no quisieras que te devolvieran”, reza el mandamiento de la fraternidad. La impunidad, empero, enuncia así: “haré a éste lo que nunca podrá devolverme” el aforismo supone, como ves, que la relación entre un sujeto impune y otro inerme no admite reciprocidad; la acción, y su iniciativa, corres-

ponden al primero, no al segundo. [...] Mas hasta el presente, Lanosa vive inerme, tú, inerme, y yo, adinerado y protegido. ¿Cómo pretendéis que os llame hermanos?

Miguel Espinosa: *La fea burguesía*.

Sabes tan bien como yo que a esos infelices los puedes llevar a emocionarse y disfrutar en los museos con lo que a ti te dé la gana, de igual forma que otros los llevan a misa, a los estadios de fútbol, a las urnas comiciales o a las trincheras, con entusiasmo tan genuino, y tan inducido, como el de esos aficionados al arte de que me hablas.

Ignacio Vidal-Folch: *La cabeza de plástico*.

Es necesario que se den ciertas condiciones especiales para que se produzca cierto tipo de criminales que esas mismas condiciones tipifican. He intentado definir esas condiciones..., pero no lo he logrado con éxito.

Cuanto sé es que mientras la fuerza ejerza sus derechos, mientras que el caos y la anarquía, enmascarados bajo el lema del orden y la sensatez, se impongan, aquellas condiciones existirán.

Eric Ambler: *La máscara de Dimitrios*.

Esta progresiva desaparición de las relaciones humanas plantea ciertos problemas a la novela. ¿Cómo acometer la narración de esas pasiones fogosas, que duran varios años, cuyos efectos se dejan sentir a veces en varias generaciones? Estamos lejos de *Cumbres borrascosas*, es lo menos que puede decirse. La forma novelesca no está concebida para retratar la indiferencia, ni la nada; habría que inventar una articulación más anodina, más concisa, más taciturna.

Michel Houellebecq: *Ampliación del campo de batalla*.